

GLOSARIO

PARA los escritores americanos parece haber sido escrita la sentencia de Nietzsche, tantas veces repetida: «No te pese tu soledad, hermano, que ya llegará rengueando, la hora de la justicia. . . ». Para unos, tarda siglos. . . Para otros apresura el paso; pero siempre llega cuando ya no queda del escritor sino un montón de huesos amarillos. . . Condición de los ambientes americanos. El escritor vive en permanente tragedia, no de actos, sino de espíritu. En lucha sorda, desigual, contra un medio hostil y refractario. Siempre desconocido, zaherido o postergado. Al criollo le interesa más el político mediocre que dice cosas mediocres. El tirano que arrastra borregos, de las narices. O las momias acartonadas que, desde los parlamentos o de los ministerios, ayudan a malgastar alegremente los caudales públicos.

Eustacio Rivera no alcanzó a vislumbrar lo que después de su muerte, acaecería con su novela *LA VORAGINE*. Hoy se la disputan los editores de América y Europa. Primero, a raíz de su muerte, graznaron los cuervos. Es decir los editores clandestinos. Amparados en la total carencia de leyes de la propiedad intelectual que permite todos los hurtos de los frutos que para otros representan esfuerzos y sacrificios, hicieron ediciones tras ediciones, guardándose cautelosamente los dineros recibidos y sin recordar que existía una viuda. . . Después. . . después, ha venido la reparación en los editores honestos que multiplicaron las tiradas, llevando a todos los rincones del habla española, la tragedia de los gomeros que Rivera sintió en todo su monstruosa grandeza.

Ahora la célebre revista *EUROPE* que dirige Romain Rolland, en París, acaba de iniciar la publicación francesa de *LA VORAGINE*. Además, una casa editora anuncia la traducción de esta novela que podrá ser conocida por los lectores franceses. Por su parte una editorial italiana ha anunciado idéntico propósito. Esta vez, se cumple rápidamente la sentencia de Nietzsche, puesto que apenas hace tres años, murió Rivera en New York. Sólo que el descarnado fantasma rengueante no encontrará sino el exiguo esqueleto del que, quizá, desconocido en su propia tierra, supo animar con tan extraordinaria fuerza los cuadros de la selva tropical.

ZOLA vuelve al cartel de la actualidad. Se le creía olvidado. Fuera de la moda. Pero los reaccionarios, como siempre continuaban combatiéndole. En los escritores que trabajan con elementos vivos, la moda no cuenta. Pertencen a todos los tiempos. Por eso Francia no había olvidado al autor de *J'Accuse* y de los días frenéticos del proceso Dreyffus. Pero no es sólo por eso por lo que se recuerda a Zola. Su obra es como la inmensa portada de las luchas sociales que hoy conmueven al mundo, y en la revisión y en la adoración de los franceses contemporáneos por Zola hay el reconocimiento de verdades y realidades que el autor de los *Rougon Maquart* anticipó en varias décadas a los inquietos espíritus de este impresionante momento social.

Barbusse ha publicado no hace mucho un libro apasionante sobre Zola. Leerlo es seguir las luchas y las batallas de la escuela naturalista, conocer sus hombres más representativos, el estado de la sociedad en esos días, las transformaciones de la novela. El libro tiene, además, el dinamismo, tan propio de Barbusse, de un verdadero relato novelesco, por la animación de las figuras, todas auténticas y el valor de un juicio crítico certero, puesto que sus páginas renuevan la agitación de ese interesante período que corre de 1870 a 1900.

La novela actual—escribe Barbusse—no sería lo que es— en Francia ni en ninguna parte— si no la hubiera aportado Zola sus descubrimientos y sus audacias. Es demasiado suya por varios puntos íntimos. La influencia directa de este hombre es demasiado inmanente—salvo para los pequeños grupos especializados—en la contextura y en la construcción de toda obra imaginativa, escrita después.

A Zola hay que emparentarlo con los escritores que, más que escritores, hombres persuadidos de la bondad de una verdad, han tendido la mano a los demás hombres de su tiempo y lo han hecho con el suficiente poder y el esplendor bastante para que su grandeza sea perdurable.

Más adelante expresa Barbusse este programa para el escritor, que no debe ser olvidado:

Nosotros significamos algo en el desenvolvimiento de los fenómenos vivos, entre el hoy y el mañana. El escritor influye sobre su época, a condición de conformarse con las profundas corrientes de la humanidad, a condición de tener razón. Cura quien tiene razón. Guía quien hace abrir los ojos. El escritor puede engrandecer y precipitar. Sobre la base de la documentación realista, inmutable en adelante, con una fórmula normalmente escapada del libro, con un estilo que debe aprovechar todas las invenciones sin dejar de ser comprensible para todos, él puede ayudar a la vida exterior en sus peripias espaciosas y ser el hombre de las multitudes.

Y Zola fué mucho de eso.—M.